

9 de abril de 2015.

Una predicción y el innegable placer de perder el control.

Eduardo García Silva

Nunca jamás podremos saber qué espíritu poseyó al triste, muy triste-mente afamado Andreas Lubitz, copiloto de la aerolínea alemana Germanwings, para que, según lo muestran todos los indicadores, se encerrara en la cabina del avión y lo estrellara a propósito aprovechando que el piloto había abandonado la cabina para ir al baño el pasado 24 de marzo. Ese propósito permanecerá siempre como enigma y cualquier cosa que aventuremos decir al respecto no será más que pura interpretación abusiva de un des-tino siniestro donde los gritos impotentes de quienes fueron conscientes de su inminente muerte se ahogaron en un tubo de acero proyectado a toda velocidad sobre uno de los accidentes más maravillosos y peligrosos de la tierra, los Alpes.

Apenas un mes antes, el 20 de febrero de este mismo año, 2015, se estrenaba en Estados Unidos una película argentina, en la cual, la primera de sus historias narra tragicómicamente precisamente el destino de unas personas que sufren una muerte terrible cuando el piloto del avión, Gabriel Pasternak, decide de manera deliberada y por venganza hacia ellos, encerrarse en la cabina y estrellar el avión que piloteaba. ¿Cómo es posible que la ficción elucubrada en las mentes de Damián Szifrón, guionista y director, y de los hermanos Almodóvar, Pedro y Agustín, productores, se haya anticipado de esa manera a lo que en realidad sucedería sólo unos meses después? De hecho, en Reino Unido, la película se estrenó siete días después del accidente de Germanwings en los Alpes franceses. La película se estrenó en Alemania el 8 de enero y en Francia el 14 de enero; en México el estreno fue en diciembre del 2014.

¿Una terrible coincidencia?

¿Andreas Lubitz habría visto el film? En realidad tampoco lo sabemos y tampoco nos importa. Lo importante es el hecho de que la realidad se igualó a la ficción y la ficción se realizó. Esto me recuerda la declaración de Lacan cuando lo

entrevistaron el 21 de noviembre de 1974 para la revista Panorama en Roma, a donde había asistido para dar una conferencia que se conoce como "La tercera". El reportero le preguntó: "*¿Cuál es la relación hoy entre la ciencia y el psicoanálisis?*" a lo que Lacan respondió: "*Para mi, la única ciencia verdadera seria a seguir es la ciencia ficción.*"

Lo que me parece importante de destacar es que casi de manera simultánea, el hecho de que alguien pueda vengarse de otro estrellando el avión que conduce de manera deliberada y voluntaria surgió como una posibilidad real en las mentes de al menos cuatro hombres: Damián Sziffrón, Pedro Almodóvar, Agustín Almodóvar y Andreas Lubitz. Los tres primeros estamparon esa idea en la ficción de una película, que por cierto, titularon "Relatos salvajes"; Andreas Lubitz realizó esa idea estampando el avión en las montañas. Se sabe que su novia acababa de terminar la relación que hasta ese momento tuvieron, a lo que Andreas según la reconocida revista alemana Der Spiegel, reaccionó diciéndole "*Eines Tages wird jeder meinen Namen kennen*", "Un día todos conocerán mi nombre", que en el contexto se puede traducir como "Un día todos sabrán de mí". Sigo planteando paralelismos: en la película el piloto planea vengarse por desamor y por las afrentas recibidas por cada uno (jeder) de los pasajeros a quienes logró meter al avión con engaños y estos, poco a poco, se van dando cuenta de la situación al reconocer su nombre, por lo demás, Gabriel Pasternak, el piloto en la película, no había dado señas de ser peligroso, su ex novia sólo dice que no terminaron muy bien pero "*igual le tengo cariño, no era una mala persona*". Lubitz amenazó a su novia con ser conocido por todos, por cada uno (jeder), es decir, amenazó con vengarse ¿de quién? ¿de su novia? Algo que resulta increíble para quienes lo conocieron y siempre lo tuvieron por una buena persona, al menos por un "chico normal". Según el portal bild.de, un conocido declaró "*er war ein normaler Jung*", "él era un chico normal".

Así que es irrelevante si Andreas Lubitz había visto la película o no. Si no conoció la película, entonces él tuvo la idea por sí mismo y así la ocurrencia es lo que resultaría llamativa en su co-incidencia en los cuatro hombres, lo que, por lo demás, vuelve a cuestionar la autoría de una idea y la dificultad de establecer la

justificación de un plagio. Es como si acudiéramos a la presentación de una folie-a-quatre. En caso de que sí hubiese visto la película algo debería de estar ya en él para que tal historia tuviera esa fuerza sugestiva, pues no sólo por ver una película alguien va y hace lo que vio, se requiere que un sujeto esté lo suficientemente identificado al personaje para que sea afectado de esa manera y nadie se identifica a otro si no lo habitan ya las pulsiones correspondientes que permiten establecer el lazo entre uno y otro.

Así pues, nada de profecías echas película, en todo caso, hay un fenómeno que nos muestra cómo un campo significativo afecta a muchos sujetos al mismo tiempo en mayor o menor medida, en otras palabras, el lenguaje que habitamos nos provee del campo significativo del que nos valemos para expresarnos ante el semejante que se encuentra inserto también en ese mismo campo significativo, ¿no es eso lo que llamamos cultura? Sin duda, Andreas Lubitz se expresó de esta terrorífica manera, algo inefable pasó a un acto que ocasionó un evento inefable; así como no hubo palabras para describir lo que Andreas Lubitz pensaba o sentía, y por eso nunca se sabrá, tampoco hay palabras para dar cuenta de la muerte de esas personas ni de lo que eso significa. Estamos ante un evento traumático, ante algo que devela lo real; lo real de la vida, del amor, del desamor y de la muerte.

Ahora bien, en todo caso, entre la película y el terrible evento, más que ante una profecía, estamos ante una predicción, un decir que antecede a su realización, algo pre-dicho, anunciado.

Podemos pensar un ejemplo de esto a partir de una observación que hace Slavoj Žižek en su texto "El sublime objeto de la ideología". En ese texto, Žižek da cuenta del trauma del hundimiento del Titanic en abril de 1912, que fue precedido, digamos predicho, desde 1898 en una novela llamada Futility escrita por Morgan Robertson. Esa novela trataba de un gran trasatlántico mucho más grande que cualquiera construido hasta ese momento, mismo que naufragaba en *"una fría noche de abril"* al chocar contra un iceberg. Ese barco de la novela se llamaba Titán. Los paralelismos: el Titánic tenía *"66 000 toneladas de desplazamiento, el de Robertson 70 000. El barco real tenía 882.5 pies de largo; el de ficción tenía 800 pies.*

Ambos navíos tenían triple hélice y podían alcanzar los 24-25 nudos. Ambos podían transportar a 3 000 gentes y ambos tenían únicamente salvavidas suficientes para una fracción de este número. Pero eso no parecía importar porque ambos estaban calificados de "inhundibles".

El trauma del Titánic se explica por el hecho de que el accidente ponía en juego una sobredeterminación de la embarcación en tanto símbolo, a saber, del poderío de la revolución industrial, del fin de la monarquía y el advenimiento de nuevas clases sociales como la obrera y el surgimiento de las llamadas izquierdas en política, el fin de un mundo. Era un evento de alguna manera esperado, que se encontraba ya en el campo de representación de una sociedad que vivía los vertiginosos cambios de una manera en que no podía dar cuenta de ellos. Por eso es inútil preguntarse si los constructores del Titánic habían leído la novela de Robertson o no, sino que la cercanía de los acontecimientos, el de la ficción y el de la realidad, hablan de los significantes puestos en juego en un momento específico de una sociedad, es decir, de aquello sobre lo que esa sociedad basa su cultura.

Entonces, parece que Andreas Lubitz derribó el avión por una desventura amorosa. Cuando él estaba en control de la nave lo soltó, cedió ese control a una máquina. Los peritajes han mostrado que activó el descenso automático, pero además, parece que aceleró. Si activó algunos controles fue para poner al avión fuera de todo control. Respecto a la película de "Relatos salvajes", Damián Zsifrón, el director comentó que la línea temática de todos los relatos se refiere a *"la difusa frontera que separa a la civilización de la barbarie, del vértigo de perder los estribos y del innegable placer de perder el control"*.

¿Hay placer en perder el control? Lo que es un hecho innegable es que el intento de tener todo el control genera angustia y displacer, tal como lo muestra el discurso obsesivo.

En aquella entrevista en Roma, Lacan continuó hablando del progreso haciendo una crítica al mismo agregando la ciencia a las tres profesiones imposibles descritas por Freud (gobernar, educar, psicoanalizar), haciendo énfasis en que los

científicos no saben que están en una situación insostenible. A continuación, el reportero le pregunta “¿Es una visión pesimista de lo que comúnmente se define como el progreso?” y Lacan responde “En absoluto, yo no soy pesimista. No pasará nada. Por la simple razón de que el hombre es bueno para nada, incluso incapaz de destruirse. Una calamidad total promovida por el hombre, personalmente yo encontraría eso maravilloso. La prueba de que finalmente él hubiera tenido éxito en fabricar con sus manos, con su cabeza, sin intervención divina, natural u otra”. Esta declaración de Lacan está en la misma lógica de aquella en la que afirma que el suicidio es el único acto logrado.

Andreas Lubitz se suicidó evidentemente, ¿por qué matar a otros también? ¿se hizo acompañar en lo que era su último momento? ¿o fueron esas muertes de los demás la única posibilidad de que su nombre cobrara una efímera fama? (ya veremos si en algunos meses o años alguien recuerda su nombre). Si hubiera sido así, si ese suicidio fue un intento de inscribir su nombre valiéndose de los nombres de otros, ese acto nos anuncia que hay sujetos que están dispuestos a perder el control hasta la muerte por desamor, con tal de causar dolor a aquellos de quienes no se sintieron correspondidos, es un último y patético intento de hacerle falta a alguien de la manera más indigna: haciéndose mierda, como los personajes de cada una de las historias de Relatos salvajes donde toda demanda se diluye en un fuera de sentido, fuera del campo simbólico y no hay palabra que alcance, lo que aparece son entonces actos impulsivos, digamos que pura pulsión des-simbolizada, es decir, puro goce. Así como el modelo del narcisismo para Freud serían una boca besándose a sí misma, el modelo del innegable placer de perder el control, bien pudiera ser un ano expulsándose a sí mismo, la capacidad de soltarlo todo y soltarse de todo, fin de la *Todestrieb*, el hombre que se puede hacer mierda cagándola mientras embarra a otros.

Coyoacán, Ciudad de México.